AÑO II — Madrid 19 de Enero de 1905. — Número 6.

Tierra y Libertad.

Número suelto: 5 céntimos. | Redacción y Administración: Alonso Cano, 38, 2.° | Paquete de 30 ejemplares: 1 peseta.

Luisa Michel

Camaradas:

Acaba de cumplir su destino entre nosotros una de las mujeres más enérgicas que han contribuído con su espíritu á la emancipación de los obreros. Ha muerto Luisa Michel.

Lejos de ella para tributarla el último homenaje personal que merecen los que nos rinden su último aliento, desde aquí, desde este centro de España, uno de los trozos de la tierra más predilectos de ella, si es que pudo sentir predilección la que amó por igual á todos los desheredados del mundo, alzamos nuestra voz para participaros tan dolorosa nueva.

Esa mujer, esa mujer que ya no se cuenta entre nosotros, esa mujer, la única, acaso, que podía ocupar por entero el capítulo final de *las mujeres de la Revolución* que Michelet ensalzara, tributando un homenaje á todas las que trabajaron por la reivindicación de los derechos del hombre, ha muerto en el hospital de Dasis (Marsella), indicándonos con su ya incierta mirada el camino que debemos proseguir. Uno de sus últimos trabajos sigue á estas líneas, y puede asegurarse que la idea que en ellas se contiene, ha sido también el último pensamiento de su moribundo cerebro y el último deseo de su desgarrado corazón.

Ha predicado la verdad con la ejemplaridad de su conducta, desmintiendo con ella las infames calumnias de la canalla cristiana, de la canalla burguesa y de toda la ruindad entronizada por el régimen subsistente.

Hija necesaria de la humanidad doliente, obra *divina* de la inocencia engañada, la sociedad la negó un padre que velara por ella y la revolución y la Naturaleza la hicieron madre y hermana de todos los desheredados del mundo.

La virtud educativa de la rebelión consciente, la hicieron buena y amable, consiguiendo lo que pudo ser un mal para los hombres, para el género humano. Pudiendo trabajar para remediar su desigualación, trabajó por la igualación de todos.

Mujer para las ternuras filiales, para la compasión á las gentes, mujer para perdonar á sus mismos asesinos, fué hombre para defender la idea y como aquellas, sus antecesoras de la Revolución, tuvo la abnegación de una Lucila, la obstinación de una Legrós que derribó la Bastilla, de una Corday, de una Theroigne que enajenó su razón por la patria.

Luisa Michel ha sido profesora, poetisa, historiadora, hombre y defensora heroica de la *Commune*. Ha sido el más valioso periodista que ha tenido la causa de los últimos.

Con las armas en la mano tuvo que defender la primera revolución social seriamente verificada. Vencida la *Commune* y procesada la gran heroína, la única respuesta que dió al sexto consejo de guerra, el 16 de Diciembre de 1871, fueron estas grandes palabras: «Yo quería oponer una barrera de llamas á los invasores de Versalles.»

La defensa de la *Commune* de París le valió diez años en el destierro; amnistiada después, su obra de revolución y de vindicación de los hombres la llevó al libro, á la prensa, al escenario, á la cátedra, al mitin, y por dar pan á los desheredados hambrientos, fué condenada de nuevo.

La juzgó el jurado.

* * *

Sentenciada á morir por todos los odios de sus múltiples enemigos, triunfó sobre la muerte por el fin que la animó toda su vida. La revolución ha sido como el ángel de su guarda. La reacción y la tibieza de los desheredados sin cultura la han llevado al sepulcro.

Ha muerto predicando.

Sus armas ha sido su pluma, su palabra, su acción. Si el enemigo hubiera tenido nada más que una cabeza, Luisa Michel, como todas las mujeres generosas de esa Rusia, que ha de nacer dentro de poco, hubiera intentado cortarla, como Vera Zassulitsh, como Sofía Perussya, como Jessa Helfmann, como esas libertadoras de los siervos, como esos brazos providenciales, que á modo de inesperados auxilios, empujan y derrumban los obstáculos que se oponen al progreso.

Ha tenido que morir dos veces, porque era demasiado grande para morir una.

Pirineos que dispuesta á morir en el Abril pasado, se incorporó á la vida de nuevo para adherirse á la segunda Internacional que ha nacido hace poco. Su palabra final ha sido para ella.

Si hubiera un cielo, nuestras oraciones serían más escuchadas que ningunas para salvarla. Pero como no lo hay, el ejemplo de su vida es bastante fuerte para que alguien lo siga y no se olvide su nombre.

La Redacción

Datos biográficos.

Luisa Michel nació en Troyes el 20 de Abril de 1833.

Era hija de una doncella engañada por un hombre de elevada posición.

Luisa se hizo institutriz y llegó á ser maestra de niñas.

Su intervención en la *Commune* es demasiado conocida para consignarla aquí. El 18 de Marzo, vestida de hombre, tomó parte en aquella memorable jornada.

Deportada á Nueva Caledonia por el gobierno de Versalles, sufrió nueve años el destierro, hasta que la ley de amnistía de 1880, la permitió volver á Francia.

Tres años después, 1883, fué condenada á seis años de reclusión y á diez de vigilancia por la policía, con motivo de los sucesos del 9 de Marzo.

Fué indultada en 1886. Sufrió después una prisión de cuatro meses y al año siguiente se retiró á Londres. Hace poco volvió á Francia.

Como escritora, ha dejado numerosas é interesantes obras. El *Libro del día del año* (872), lo publicó para socorrer á su madre y es una de sus mejores obras. Ha escrito también *La miseria, La hija del pueblo*, dos dramas, *Nadine y El gallo rojo*. En su primera época hizo poesías llenas de misticismos, por cierto. Sus *Memorias*, traducidas por un compañero español, verán brevemente la luz pública.

La nueva Internacional.

¡Qué extraña y pavorosa historia la que narran los cronistas de la actual guerra que se libra en el Extremo Oriente!

Esa historia provoca en nuestra mente los lejanos recuerdos de las antiguas leyendas...

Así la narración de las naves rusas que zozobran y se hunden, ya accidentalmente, ya combatiendo, reculando siempre detrás de las japonesas, nos recuerdan á *La Invencible* que, bajo Felipe II de España, vió sus naves, verdaderas ciudades flotantes, deshacerse y sumergirse con furia contra los barcos enemigos, arrastrando por la tempestad sus despojos contra los escollos y las rocas ingentes de Holanda y Escocia.

Los relatos que se nos ofrecen de las batallas en tierra firme, nos refieren lúgubres escenas de un espanto formidable. Cientos, miles, centenares de miles de sacrificados al Moloch de la guerra, caen allá lejos, en los abismos, en el hielo, bajo el hambre y la peste, sobre el fango sangriento, cuando no tienen la dicha de acabar en un momento bajo el ébrio y bárbaro empuje de un bayoneta...

Pero á esos innumerables soldados muertos en la batalla, desaparecidos entre las olas con sus naves, van á substituirlos siempre otros nuevos, arrancados al laborioso hormiguero de la inmensa Rusia. Allí van con nuevas armas á ser nuevas víctimas, que desaparecerán sucesivamente en el combate. Allá, en aquella especie de carnicería humana que no se sacia, continúa su obra funesta la guerra, día y noche, degollando á los hombres de una y otra patria. En nombre del zar, el padre de los padres, va siempre nueva carne de cañón, carne de matadero atravesando la Mandchuria, en trenes atestados de hombres, en trenes que se suceden sin descanso, atestados de nuevas víctimas para el sacrificio de la gran batalla.

Parece como si el grano surja más lozano y hermoso de la tierra empapada de sangre, bañada por el sudor humano, más fértil que el sudor animal. En efecto, por orden de sus patronos, de sus dueños, que preven un período horroroso de hambre, los soldados rusos siembran el grano por donde pasan los soldados de la tierra conquistada, sirviéndose de los habitantes del país como bestias de tiro en vez de bueyes y mulas, cuya carne se comen.

A los horrores lejanos de la guerra corresponden las luchas intestinas, en el propio corazón del imperio. Un judío polaco, salvado de un naufragio, refería que hacía dos semanas que habían recibido en Polonia la orden de reunirse en Varsovia, para estar prontos para salir hacia Port-Artur. Se sabía demasiado que no teníamos ninguna simpatía por Rusia, sobre todo nosotros los hebreos, que no habíamos deseado la guerra ni habíamos querido por ella abandonar á nuestras familias sin esperanza de volver á verlas. Tendríamos que escapar de algún modo. Así tomamos puerto en la embarcación en que naufragamos. Ignoro si mis demás compañeros se han salvado; pero estoy seguro que todos han preferido perecer en las aguas á volver á ocupar su puesto en Varsovia.

La historia de este judío, es un complemento de los particulares horrores de que tenemos noticia han ocurrido en el pasado mes; de la huelga de las mujeres de los prisioneros políticos polacos, siempre en Polonia, en las prisiones de Kalisk. La huelga se decidió en la cárcel central, poniéndose en práctica en seguida. El gobernador hizo algunas concesiones á los presos que retiró luego, protestaron los burlados, y entonces uno de ellos fué ferozmente azotado. Surgió un tumulto, y enseguida penetraron en la prisión diez y siete oficiales con un escuadrón de soldados todos borrachos. Los prisioneros fueron hallados al día siguiente con los miembros rotos por los golpes, desfigurados por los bayonetazos y los latigazos de sus verdugos.

Del mismo modo, en Mayo de 1871, los soldados del ejército de Versalles, ebrios de vino y de alcohol, entraron en París.

Y es que las costumbres de esos alumnos de la escuela del crimen, no han variado.

Uno de los últimos y fantásticos relatos de esta tremenda guerra, nos muestra á los japoneses valiéndose de una treta digna de la astucia y fantasía de Lady Macbeth. Se trataba de pasar un río. Delante de los rusos, los japoneses, aglomerados, se cubrieron de césped, enmascarándose por completo con la hierba, pudiendo pasar así sin ser descubiertos. El número de los japoneses pasó disimulado. ¡Ah! ¡Cuántas hojas verdes serían necesarias para tapar, si se quisiera ocultar, ese río de sangre que se lleva derramado hasta la fecha!

Y todo esto parece que se desconoce aún por la mayoría de los europeos. Se escuchan sólo á los obreros, á los revolucionarios, á los socialistas y á los libertarios que elevan su voz contra el enemigo de la propia unión y de la paz humana. Este es el momento de gritar: *¡No más ejército!*

Con este grito la Internacional Antimilitarista puede abarcar todo el mundo.

Luisa Michel

La proclamación de la Commune.

La proclamación de la *Commune* fué espléndida; no era aquella fiesta del poder, sino la pompa del sacrificio; sentíase á los elegidos dispuestos para la muerte.

La tarde del 28 de Marzo, con un sol claro, que recordaba el alba del 18, el 7 Germinal del 79 de la República, el pueblo de

París, que el 26 había elegido su *Commune* inauguró su entrada en el Ayuntamiento.

Un océano humano, bajo las armas, bajo las bayonetas apretadas como las espigas del campo, los clarines rasgando el aire, los tambores sonando sordamente, y entre todos el inimitable ruido de los dos grandes tambores de Montmartre, los que la noche de la entrada de los prusianos y en la mañana del 18 de Marzo sacaron del sueño á los parisienses, con sus palillos espectrales de puños de acero, despertaban extrañas sonoridades.

Esta vez las campanas de alarma estaban mudas. El sordo rugido de los cañones saludaba á intervalos regulares la Revolución, y también las bayonetas, inclinándose ante las rojas banderas, que hacinadas, rodeaban el busto de la República.

En lo más alto, una inmensa bandera roja. Los batallones de Montmartre, Belleville y la Chapelle, tienen sus banderas coronadas por el gorro frigio; tomaríaseles por secciones del 93.

En sus filas se ven soldados de todas armas, de infantería, de marina, artilleros y zuavos.

Las bayonetas, cada vez más apretadas, desbordánse en las calles circundantes; la plaza está llena; la impresión es exactamente la de un campo de trigo. ¿Cual será la cosecha?

París entero está en pie, el cañón suena de vez en cuando.

En un estrado se encuentran los individuos del comité central; enfrente están los de la *Commune*, todos con la banda roja.

Pocas palabras en los intervalos que marcan los cañones. El comité central declara expirado su mando y entrega sus poderes á la *Commune*.

Se hace el llamamiento hombre tras hombre, un grito enorme resuena:

¡Viva la *Commune*! Los tambores ensordecen. La artillería conmueve el suelo.

«En nombre del pueblo—dice Ranvier—la *Commune* está proclamada.»

Todo fué grandioso en aquel prólogo de la *Commune*, cuya apoteosis debía ser la muerte.

Nada de discursos, un inmenso grito, uno solo: ¡Viva la *Commune*!

Todas las masas corean La Marsellesa y el Canto de la Partida. Un huracán de voces forman acompañamiento.

Un grupo de ancianos bajan la cabeza hasta el suelo; diríase que oyen á los muertos por la libertad; son los escapados de Junio, de Diciembre; algunos de cabellos completamente blancos, son de 1830.

Si un poder cualquiera podía hacer algo, este poder hubiera sido la *Commune*, compuesta de hombres de inteligencia, de valor, de increíble honradez, que la víspera ó mucho tiempo antes, habían dado pruebas incontestables de abnegación y de energía. El poder, esto es indudable, los aniquiló y no dejándoles implacable voluntad sino para el sacrificio, supieron todos morir heroicamente.

Es que el poder está maldito, razón porque yo soy anarquista.

La noche misma del 28 de Marzo, la *Commune* celebró su primera sesión, inaugurada por una medida digna de la grandeza de aquel día; se tomó la resolución, á fin de cortar toda cuestión personal, en el momento en que los individuos debían entrar en la masa revolucionaria, de que los manifiestos no debían llevar más firma que ésta.

La Commune.

En esta primera sesión, algunos, que se ahogaban en la cálida atmósfera de una revolución, no quisieron ir más allá; hubo dimisiones inmediatas.

Estas dimisiones ocasionaban elecciones complementarias; Versalles pudo aprovechar el tiempo que París perdía en torno de las urnas.

He aquí la declaración hecha en la primera sesión de la *Commune*:

«Ciudadanos:

Nuestra *Commune* está constituída. El voto del 26 de Marzo sanciona la República victoriosa.

Un poder vilmente opresor os había cogido por el cuello; debíais en legítima defensa rechazar un gobierno que quería deshonraros imponiéndoos un rey.

En la actualidad, los criminales á quienes ni aun habéis querido perseguir, abusan de vuestra magnanimidad para organizar á las puertas de la ciudad un foco de conspiración monarquista, invocan la guerra civil, hacen entrar en juego todas las corrupciones, aceptan todas las complicidades, hasta se han atrevido á mendigar el apoyo del extranjero.

Apelamos por esos manejos execrables al juicio de la Francia y del mundo.

»Ciudadanos, no os debáis de dar instituciones que desafían todas las tentativas.

—Sois dueños de vuestros destinos; fuerte con vuestro apoyo, la representación que acabáis de establecer, va á reparar los desastres causados por el poder caído.

»La industria comprometida, el trabajo suspendido, las transacciones comerciales paralizadas, van á recibir un impulso vigoroso.

»Hoy mismo se tendrá la esperada decisión sobre los alquileres; mañana las referentes á los vencimientos.

»Todos los servicios públicos serán restablecidos y simplificados.

»La guardia nacional, en lo sucesivo la única fuerza armada de la población, va á ser reorganizada inmediatamente.

»Tales serán nuestros primeros actos.

»Los elegidos del pueblo no le piden para asegurar el triunfo de la república, sino que le sostenga la confianza de los ciudadanos.

»Por lo que á ellos respecta, cumplirán su deber.

»La *Commune* de París, 28 de Marzo de 1871.»

Cumpliéronle, en efecto, ocupándose de todas las seguridades de la vida para la multitud; pero, ¡ay! la primera seguridad hubiera sido vencer definitivamente la reacción.

Mientras la confianza renacía en París, los ratones de Versalles agujereaban la quilla del navío.

Todavía hubo algunas discusiones por motivos varios.

En los primeros días habíanse formado Comisiones que, sin embargo, no eran definitivas, según sus aptitudes, los miembros de una Comisión pasaban á otra.

La *Comisión* se componía de una mayoría ardientemente revolucionaria y una minoría socialista, que razonaba en beneficio demasiado para el tiempo que corría, semejantes en que siempre iban á parar á las mismas conclusiones, en el temor de adoptar medidas despóticas é injustas.

Un mismo amor á la revolución hizo idéntico su destino.

—La mayoría también ha de morir—exclamó algunas semanas más tarde París, abrazando el cadáver de Duclerc.

—Ocurra lo que quiera—decían los miembros de la *Commune* y los guardias nacionales—, nuestra sangre marcará profundamente la etapa.

Y la marcó, en efecto, y tan profundamente, que la tierra quedó saturada, abrió en ella abismos que será difícil franquear, sobre la roja sangre de los que fueron víctimas políticas.

Luisa Michel

MITIN FEDERAL

En honor á Luisa Michel.

En el salón del Centro Federal instalado en el piso principal del número 7 de la calle Horno de la Mata, se ha celebrado el domingo 15, á las nueve y media de la noche, un mitin con numerosa concurrencia, organizado por la Juventud federal madrileña, en honor á Luisa Michel.

La falta de espacio nos impide puntualizar con detalles los discursos que allí se pronunciaron, en conmemoración de la enérgica pensadora, de la valiente revolucionaria, de la altruísta y consciente ácrata.

El presidente Sr. Santana, de la Juventud federal, abrió la sesión dedicándole un sentido recuerdo y encomiando sus virtudes.

Después de leer algunas adhesiones, hicieron uso de la palabra en el mismo sentido que el presidente, Aboix, Bermejo, Solís, Carbajosa, Julio Díaz y Ojeda.

Allí se relataron los hechos más salientes de la intrépida revolucionaria; se glosó su vida desde la infancia, analizando por vía de ejemplo su educación, su origen y la evolución progresiva de sus ideas, hasta llegar á la anarquía.

Se leyó una sentida poesía de hermosa inspiración, cuya autora fué la misma Luisa Michel, y se recordaron los momentos de agitación, en que aconsejaba á los obreros que no dejaran morir de hambre á sus hijos mientras hubiera pan en las tahonas y que no tolerasen que pasaran frío ceros de los almacenes de ropa; se hicieron deducciones entre el valor moral de la mujer y el hombre, negando la inferioridad de aquella contra lo que afirman los mediocres; se leyó el artículo que publicó el *Heraldo*, dando cuenta de su muerte y se estimuló á la mujer, cuyo sexo estaba representado en el local por numerosas asistentas; se parangonó la vida y conducta de Luisa Michel con la que llevan las damas de nuestra corrompida sociedad, analizando los vicios que existen en ellas, causal, fundamental de nuestra miseria y calamidades.

Se analizaron, en fin, y se desmenuzaron las ideas que sustentaba Luisa, deduciendo de ellas, que el mejor recuerdo y el más sentido homenaje á la difunta, es imitarla con el ejemplo.

El presidente dió las gracias á los asistentes en nombre de la comisión organizadora y prometió en su nombre luchar al lado de todos los que sustenten ideas progresivas que nos conduzcan á una sociedad más feliz, donde una humanidad más fuerte, pueda gozar de lo que hoy carece la presente.

Siempre los mismos...

Con motivo de la rendición de Port-Arthur, y ante el espantoso número de cadáveres y mutilados, de heridos y hambrientos, vemos á toda la prensa—hasta la militarista—, condenar en sendos y plañideros artículos, los horrores de la guerra.

Está muy bien... También nosotros, anhelando un mundo de paz y de felicidad para todos, condenamos las guerras, lo mismo que execramos á sus partidarios y causantes.

Pero vosotros, los farsantes de siempre, pecáis ahora de inconsecuentes, demostráis una vez más vuestro cinismo é hipocresía al vituperar, ante la horrenda hecatombe, lo que, antes como después, seguiréis alentando y propagando, dando así el gran mentís á vuestro humanitarismo de última hora.

Vosotros, filósofos baratos, gobernantes tiranuelos y militares sanguinarios, ¿no habéis coreado á Napoleón, á Bismarck y á Chamberlain, cuando estos azotes de la humanidad han proclamado las excelencias de la guerra y de los ejércitos? Y vosotros, *pacíficos* burgueses, ¿quisiérais la sangre derramada en la Mandchuria perturbe la digestión, no educáis á vuestros herederos en la religión de la patria y del militarismo?

He ahí por qué resultan tan ridículas vuestras lágrimas ante los horrores de la guerra, como ridículas resultan vuestras endechas á la paz.

Los ejércitos tienen una misión que cumplir, y esta misión, aunque vosotros la disfrazáis con aquello de «defensa de la patria», no es otra que la de exterminar al enemigo, que no es enemigo por diferencias geográficas ni de lenguaje, sino por ambición de los tiranos, que [illegible] á este respecto más alto que nosotros.

Lógico sería [illegible] os enfrentáis [illegible] empezarla [illegible] tos patrióticos [illegible] como [illegible] no lo [illegible] banqueros [illegible] toda [illegible] guerra [illegible] trolar [illegible] sacrificios [illegible] unión [illegible] aliados [illegible] cada [illegible] ridículos.

[illegible]